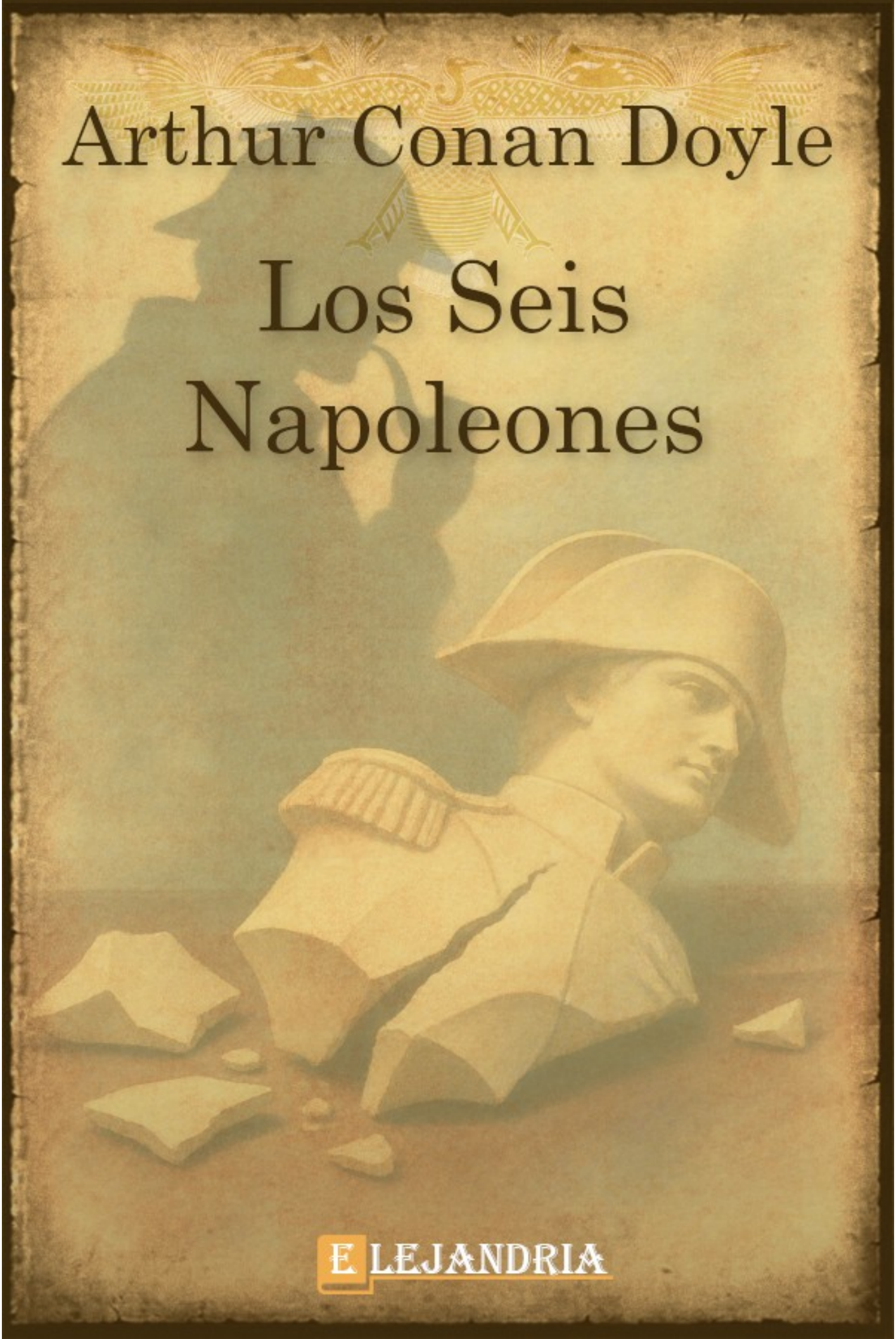
Arthur Conan Doyle

Los Seis Napoleones



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Los seis Napoleones

Arthur Conan Doyle

Publicado: 1904
Fuente: archive.org
Traducción: Traducción anónima («El enemigo de Napoleón»)
Edición original: Nuevos triunfos de Sherlock Holmes, Buenos Aires, Biblioteca de La Nación, 1909

Índice

1. Los seis Napoleones
    1. Nota de la edición
    2. Los seis Napoleones
        1. I
        2. II
        3. III
        4. IV
        5. V

Guide

1. Los seis Napoleones

Los seis Napoleones

Nota de la edición

«Los seis Napoleones» (*The Adventure of the Six Napoleons*, 1904) es uno de los relatos de *El regreso de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle. Esta edición digital reproduce la traducción anónima publicada con el título «El enemigo de Napoleón» en *Nuevos triunfos de Sherlock Holmes* (Buenos Aires, Biblioteca de «La Nación», 1909).

Se ha modernizado la ortografía (acentuación y signos de puntuación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta. Al ejemplar le faltan dos páginas; ese pasaje se ha traducido para esta edición y va señalado en nota.

Los seis Napoleones

I

Con frecuencia, el inspector Lestrade, de Scotland Yard, venía a pasar la velada con nosotros y, fumando cigarrillos y bebiendo wisky, hablábamos de mil cosas. Sherlock Holmes gustaba bastante de estas visitas porque servían para tenerle al corriente de todos los asuntos en que intervenía la policía.

A cambio de tales noticias Holmes se interesaba especialmente por los sucesos encomendados a Lestrade y le aconsejaba y le dirigía con su pericia habitual y su innegable experiencia de los hombres y de las cosas.

Una tarde en que habíamos agotado multitud de temas —las mujeres, el tiempo, los libros, los crímenes célebres— decayó la conversación, y de improviso Holmes, mirando con fijeza a Lestrade, preguntó:

—¿Qué? ¿No es interesante?

—No; no tiene nada de particular.

—No importa; decídmelo.

El inspector echose a reír.

—Seamos francos, Holmes; os he dicho que no tenía nada de particular y, sin embargo, estoy en verdad preocupado con ello. A veces me parece tan estúpido que no le creo digno de atención, y en otras ocasiones le creo tan extraño, en medio

de su vulgaridad, que me parece no he de llegar a resolverlo nunca. De muy antiguo sé cuánto os interesa todo lo extraordinario; pero, o mucho me equivoco, o este asunto es más de la competencia del doctor Watson que de la vuestra.

—¿Algún caso patológico? —interrogué.

—Sí; un caso de locura, de una extraña locura. Imaginaos que existe actualmente en Londres un individuo que odia a Napoleón I hasta el extremo de romper todas cuantas estatuas le representan.

Holmes encogiose de hombros.

—Teníais razón; a mí no me importa esa historia.

—Ya lo dije antes; pero si tenemos en cuenta que ese individuo asalta las casas para romper los bustos de Napoleón, veremos que se escapa del dominio del doctor y entra de lleno en el de la policía.

Holmes inclinose sobre el brazo derecho del sillón.

—¡Hombre! Eso es ya más interesante. Contádmelo.

Lestrade sacó un cuaderno, y después de consultar algunas notas principió a hablar.

—El primer hecho de este género aconteció hace cuatro días en casa de Moisés Hudson, que tiene una tienda de objetos artísticos en Kennington Road. El comerciante entró un instante en las habitaciones interiores, cuando de repente fue desagradablemente sorprendido por un estrépito. Volvió corriendo a la tienda y se encontró roto en mil pedazos un busto en yeso de Napoleón que tenía encima del mostrador entre otros diversos objetos. Salió en seguida a la calle, y a pesar del testimonio de varias personas que habían visto salir con precipitación a un individuo de la tienda, no pudo encontrarle. Atribuyó el suceso a uno de esos actos de barbarie tan frecuentes desde hace algún tiempo, y en esta forma hizo la denuncia a la policía. El busto solo costaba unos cuantos cheli-

nes, y por consiguiente no se le concedió importancia alguna al asunto.

Sin embargo, anoche y en condiciones bastante más graves y extraordinarias, se repitió el caso en Kennington Road, cerca de la tienda de Hudson, en casa del doctor Barnicot, muy conocido y acreditado en la orilla izquierda del Támesis. El doctor Barnicot, aunque tiene la consulta en Kennington Road, posee una clínica a unas dos millas de distancia en Lower Brixton Road.

Este buen señor es un admirador fanático de Napoleón. Su casa está plagada de libros, de cuadros, de estampas, de periódicos, etc., referentes a la historia del emperador de los franceses. Justamente pocos días antes había comprado en casa de Hudson dos yesos enteramente iguales representando el busto de Napoleón y modelados por el escultor Devine. Puso uno de ellos en la antesala de su casa de Kennington Road, y colocó el otro encima de la chimenea de su gabinete de Lower Brixton.

Esta mañana, al levantarse el doctor, vio que su casa había sido asaltada durante la noche, pero que, no obstante, únicamente faltaba el busto de yeso, que debió ser lanzado violentamente contra la tapia del jardín, a juzgar por los pedacitos que se hallaron cerca de dicha tapia.

Holmes se frotó las manos con satisfacción.

—¡Bravo! ¡Esto se complica!

—Ya sabía yo que os había de interesar la historia. A mediodía el doctor Barnicot se dirigió a la clínica de Lower Brixton, y ¡cuál sería su estupefacción al encontrarse con la ventana abierta de par en par y en el suelo los pedazos de otro busto! Inmediatamente dio parte de lo sucedido a Scotland Yard, y aunque comprendimos desde el primer momento que el autor de estos desaguisados era el mismo que el de la tienda de Mr. Hudson, no hemos conseguido atraparle, por más esfuerzos que se han hecho.

—Realmente se trata de una historia muy interesante —repuso Holmes—. ¿Sabéis si los bustos del doctor Barnicot eran reproducciones exactas del que apareció roto en la tienda?

—Sí; los tres procedían del mismo molde.

—Esa circunstancia confirma vuestra hipótesis de que el autor de los desperfectos sea un enemigo acérrimo de Napoleón. Sin embargo, debemos tener en cuenta que resulta demasiado casual el que, habiendo tantas figuras de Napoleón en Londres, las tres que han aparecido rotas procedieran del mismo molde y de la misma tienda.

—Conformes, amigo Holmes; pero no debemos olvidar que Moisés Hudson es el único vendedor de objetos artísticos que existe en este barrio de Kennington Road. Así, pues, aunque haya en Londres infinitas figuras representativas del gran hombre, es de suponer que esos tres bustos fueran los únicos que existían en el barrio. Nada más lógico que, si el maniático vive en esa parte, empiece por allí sus hazañas; ¿no es cierto, señor Watson?

—No creáis que es tan fácil sentar una conclusión determinativa tratándose de un loco. Según los psicólogos franceses, la «idea fija» obsesiona de tal suerte que a ella únicamente responden todos los hechos del maníaco. Un hombre que haya estudiado la historia de Napoleón, o cuya familia haya recibido durante las campañas por este dirigidas algún grave daño o injuria, puede haber caído en la obsesión, y ya en el precipicio cometer actos tan extraordinarios como los que nos acabáis de referir.

—Conformes, Watson —interrumpió Holmes—; pero no se trata de eso; lo importante es averiguar cómo llegó a enterarse con tal exactitud dónde se hallaban los bustos.

—¡Ah! Eso ya no lo sé.

—Ni yo tampoco. Pero no dejaréis de reconocer que hay demasiado método y precisión en esos actos para que sean producto de un cerebro desorganizado. Por ejemplo: en el vestí-

bulo del doctor Barnicot, donde el ruido podía dispertar a la gente, llevaron el busto al jardín para romperlo, mientras que en la clínica, donde no había tal peligro, el busto fue roto en la misma habitación.

—¡Es verdad! —exclamamos Lestrade y yo a la vez.

—Ya recordaréis, amigo Watson, que todos los asuntos interesantes, los que más me dieron y han dado que trabajar, fueron justamente los más misteriosos por su sencillez. Os suplico, querido Lestrade, que no olvidéis este asunto, y que en cuanto suceda algo nuevo —que ya veréis cómo no tarda en ocurrir— vengáis a decírmelo.

II

No se equivocó Sherlock Holmes en sus suposiciones, y antes de lo que esperábamos hubo de intervenir en el asunto misterioso. Al día siguiente por la mañana, estando yo vistiéndome para salir, llamaron a la puerta de mi habitación. Abrí y entró Sherlock con un telegrama en la mano.

—¡Calla! ¿Qué hay de nuevo?

—Oíd.

Y leyó lo que sigue:

«Venid en seguida. Pitt Street, 131. Kensington. —*Lestrade*.»

—¿Y qué quiere decir esto? —pregunté.

—No sé… Me figuro que será la continuación de la historia de los bustos. Si es esto, nuestro amigo el rompedor de imágenes ha comenzado sus operaciones en otro barrio de Lon-

dres. Hay café en la mesa, Watson, y tengo un coche a la puerta.[1]

Media hora después llegábamos a Pitt Street, un remanso tranquilo junto a una de las corrientes más animadas de la vida de Londres. El número 131 formaba parte de una hilera de casas de fachada lisa, respetables y nada románticas. Al detenernos, vimos que la verja de la casa estaba rodeada por una multitud de curiosos. Holmes silbó.

—¡Por san Jorge! Esto es por lo menos una tentativa de asesinato. Nada menos haría detenerse al mandadero de Londres. En los hombros encorvados y el cuello estirado de aquel muchacho se adivina un acto de violencia. ¿Qué es esto, Watson? Los escalones de arriba, lavados, y los otros, secos. ¡Pisadas no faltan, desde luego! Bueno, bueno, ahí está Lestrade en la ventana; pronto lo sabremos todo.

El funcionario nos recibió con cara muy seria y nos hizo pasar a una sala, donde se paseaba de un lado a otro un hombre de edad, sumamente desaliñado y agitado, vestido con una bata de franela. Nos lo presentó como el dueño de la casa, el señor Horace Harker, de la Agencia Central de Prensa.

—Es otra vez el asunto de los bustos de Napoleón —dijo Lestrade—. Anoche pareció usted interesado, señor Holmes, y pensé que quizá le gustaría estar presente ahora que la cosa ha tomado un giro mucho más grave.

—¿Y en qué ha parado?

—En un asesinato. Señor Harker, ¿quiere usted contar a estos caballeros exactamente lo que ha ocurrido?

El hombre de la bata se volvió hacia nosotros con una expresión de lo más melancólica.

—Es una cosa extraordinaria —dijo—: toda la vida me la he pasado recogiendo las noticias de los demás, y ahora que me llega a mí una noticia de verdad, estoy tan confuso y aturdido que no puedo hallar palabras. Tengo la certidumbre de que si yo no fuera en estos momentos, si pudiera tener la sangre fría

del reporter, haría un hermoso, un emocionante relato; pero no me es posible. Toda la mañana me paso explicando el asunto, y tengo la seguridad de que ninguna vez he sabido dar la sensación exacta.

Hizo una pausa, se limpió la boca con el pañuelo, y sentándose, prosiguió:

—No es la primera vez que oigo vuestro nombre, señor Holmes, y no sabéis cuánto me alegro de que seáis vos precisamente el encargado de aclarar este enigma.

Holmes se inclinó silenciosamente, después se repantigó en una butaca y cerró los ojos, como siempre que se disponía a escuchar algo interesante.

—La aventura —comenzó el periodista— parece tener por eje principal cierto busto de Napoleón que compré hace cuatro meses para adornar algo más este salón. Anoche, como siempre, estuve trabajando hasta muy tarde. El despacho lo tengo en el tercer piso, y a eso de las dos de la madrugada, en medio del absoluto silencio propio de esa hora, me pareció percibir ruido en el piso bajo. Presté atención, y como no sintiera nada más, reanudé mi trabajo. De repente sonó un grito terrible, un grito taladrante que no olvidaré nunca, señor Holmes. Permanecí bastante rato helado de terror, luego, esforzándome en recobrar la sangre fría, bajé al piso bajo. En cuanto entré en la habitación, advertí que la ventana estaba abierta de par en par y que el busto había desaparecido. Lo demás, aun objetos de muchísimo más valor que el yeso insignificante, se hallaba intacto.

Continuando mi examen comprendí que el ladrón debió salir de un salto por la ventana. Salí al jardín y a los pocos pasos tropecé con un cadáver. Retrocedí en busca de luz, y ya con ella, vi el cuerpo de un hombre degollado de un tajo formidable por donde brotaba a torrentes la sangre. Yacía tendido boca arriba, las piernas abiertas, con un gesto de supremo espanto en los labios y en los ojos. Di dos o tres pasos tamba-

leándome, lancé en la obscuridad un grito angustioso de socorro y caí desmayado.

Cuando volví en mí me hallé en la antesala con un *policemen* al lado.

—¿Y quién era el muerto? —interrumpió Holmes.

—Aún no lo sabemos —contestó Lestrade—. Ya veréis el cuerpo en la Morgue. Era un hombre alto, en la fuerza de los treinta años y cuyo aspecto demostraba un vigor poco común. Vestía con mucha modestia, pero sin parecer un vagabundo. A un lado y en un mar de sangre, encontramos un cuchillo con mango de cuerno. ¿Esta arma era del asesino o de la víctima? No lo sabemos. Su ropa no tenía marca alguna y en los bolsillos no encontramos más que una manzana, un poco de bramante, un plano de Londres y este retrato.

Holmes examinó la fotografía. Representaba un hombre antipático, de rasgos acentuadamente siniestros, con las cejas bastante espesas y la mandíbula inferior muy saliente.

—¿Y qué fue del busto? —dijo Holmes después de mirar con atención el retrato.

—Hace un momento que lo hemos sabido. Se le ha hallado en el jardín de una casa desalquilada de Campden House Road.

—¿Roto?

—Roto. Yo me disponía a ir a verlo ahora mismo. ¿Queréis acompañarme?

—Ya lo creo; pero vais a tener la amabilidad de dejarme echar antes una ojeada.

Y después de examinar la alfombra y el borde de la ventana, continuó:

—¡Largas deben de ser las piernas del asesino! Aunque no muy alta la ventana, está lo bastante para dificultar la entrada por ella a la habitación. En fin, me parece que aquí ya no ha-

cemos nada. ¿Queréis venir con nosotros a ver ese busto, señor Hasker?

El incansable periodista, que se había sentado frente a la mesa-escritorio, se volvió hacia nosotros y respondió:

—No puedo. Voy a intentar hacer un relato detallado del suceso, porque, sin duda, los periódicos de esta noche deben dar ya la noticia. ¿Os acordáis de cuando se hundieron las tribunas de las carreras de caballos de Doncaster? Pues en aquella ocasión yo era el único periodista que estaba presente, y mi periódico fue el único que no habló del acontecimiento a su debido tiempo, porque fue tal la impresión sufrida que no pude escribir ni una sola palabra. Ahora, como entonces, seré el último en hablar de un asesinato ejecutado en mi propia casa. ¡Es un inconveniente ser tan sensible!...

A pesar de estas lamentaciones, cuando salimos del cuarto su pluma corría con velocidad sobre las cuartillas.

—-

El sitio donde fueron encontrados los pedazos del busto estaba a unos cuantos centenares de metros. Por la primera vez pudimos Holmes y yo ver los restos del gran emperador, que parecía haber originado un odio tan violento en el alma de un desconocido.

Holmes cogió algunos de los trozos de yeso que blanqueaban sobre el césped y los examinó con mucho cuidado. En la cara que puso comprendí que había hallado ya la pista.

—¿Qué os parece? —preguntó Lestrade.

Mi amigo se encogió de hombros.

—Es muy prematuro todavía aventurar juicios de ninguna clase. Sin embargo, creo que ya tenemos un punto de partida. Por lo pronto sabemos que la posesión de este insignificante busto tenía mucho más valor para un hombre que la vida de otro individuo. Debemos fijarnos también que, no queriendo

coger este busto más que para romperlo, no lo hizo en la otra casa, sino que lo trajo hasta aquí y aquí lo destrozó.

—Quizá lo hiciera influido por un inconsciente o irrefrenable deseo de huir, después de ejecutado el crimen.

—Es posible; pero no debéis de olvidar la posición de esta casa, cuyo jardín ha elegido el asesino para romper el busto.

Lestrade miró a su alrededor.

—Nada más natural que eligiera esta —contestó—. Se trata de una casa desalquilada, y por consiguiente, podía estar casi seguro de que no le molestaría nadie absolutamente.

—Sí; pero también hay otra en idénticas condiciones al principio de la calle, y, sin embargo, pasó por delante de ella sin entrar. ¿Por qué eligió esta y no aquella, siendo así que mientras más tiempo anduviera con el busto más probabilidades tenía de ser detenido?

—No lo sé —respondió sinceramente Lestrade, encogiéndose de hombros.

Holmes señaló un farol que había delante de la casa y dijo:

—Pues simplemente, porque aquí veía lo que hacía y en la otra casa no.

El *detective* se dio una palmada en la frente.

—¡Calla! Pues es cierto. Ahora recuerdo que el busto del doctor Barnicot fue roto también cerca de la linterna roja.[2] ¿Y qué deducís de eso, señor Holmes?

—Por ahora nada. Es un detalle que debemos recoger y emplearlo cuando sea necesario. ¿Qué pensáis hacer ahora, amigo Lestrade?

—Lo primero de todo establecer la identidad del cadáver, lo cual no debe ser difícil de averiguar. Una vez que conozcamos quién era y averigüemos sus costumbres y sus relaciones, no nos costará mucho trabajo saber por qué había ido a Pitt

Street y quién fue la persona que se encontró y le mató en la puerta de mister Horacio Hasker. ¿No opináis de igual modo?

—No está mal pensado; pero yo seguiría distinto procedimiento.

—¿Cuál?

—No, de ningún modo; yo no deseo torcer vuestras inclinaciones. Seguid vos vuestro sistema, y yo seguiré el mío. Después comparamos los resultados, y nos ayudaremos mutuamente.

—Está bien —respondió Lestrade mordiéndose los labios.

—¡Ah! Si volvéis a Pitt Street, os agradecería que vierais a Hasker y le dijeseis, de parte mía, que estoy enteramente seguro de que el asesino es un loco que aborrece a Napoleón con toda su alma. Eso puede servirle para hacer más interesante su artículo.

Lestrade miró con fijeza a Holmes.

—Me parece que no creéis tal cosa.

Holmes sonrió.

—Tal vez; pero ya veréis como esa afirmación le parece de perlas a Mr. Hasker, y contribuye bastante a interesar a los lectores de su periódico.

Y luego, tendiendo la mano a Lestrade, continuó:

—Si queréis, esta noche nos veremos a las diez en punto en Baker Street. ¡Ah! Vais a entregarme la fotografía esa. Si las cosas se presentan según espero, esta noche os he de suplicar que nos acompañéis a una expedición muy importante. Conque: ¡hasta las diez, y buena suerte! ¿Vamos, Watson?

III

Sherlock Holmes y yo fuimos a pie hasta High Street, donde entramos en la tienda de Harding Hermanos, que fueron los vendedores del busto. Un joven dependiente nos dijo que el señor Harding estaba fuera, y que no regresaría hasta el anochecer; además, como él llevaba muy poco tiempo en el establecimiento, no podía tampoco satisfacer nuestra curiosidad. Yo miré a Holmes, y en su fruncimiento de cejas adiviné el mal efecto que le había causado la noticia.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamó—. Nosotros no podemos aguardar a que venga el señor Harding.

Salimos de la tienda, y ya en la calle, cogiéndose de mi brazo, continuó:

—Como habéis visto, amigo Watson, yo deseo conocer el origen exacto de esos bustos, y saber si existe algún detalle particular que me ilumine algo más en mis descubrimientos. Si os parece bien, subiremos a ese coche, e iremos a casa del señor Moisés Hudson, en Kennington Road, a ver si nos puede ayudar en algo.

Una hora después llegamos al conocido almacén de objetos artísticos. Preguntamos por el señor Hudson, y se nos presentó un hombrecillo grueso, de semblante rubicundo y ademanes inquietos y nerviosos.

—¡Ah! Sí, sí —exclamó tan pronto dijo Holmes las primeras palabras—. Aquí mismo, en este mostrador me lo rompieron. ¡Yo no sé en qué piensan esos gobiernos que nos agobian a impuestos, para luego no proteger la propiedad! ¡Estar a merced del primer vagabundo que le dé la gana de destrozarnos los…

—El doctor Barnicot… —insinuó Holmes.

—Sí, sí, yo le vendí dos bustos al doctor Barnicot. ¡Es verdaderamente vergonzoso!... Para mí se trata de un complot anarquista... Únicamente un anarquista ha podido hacer eso. ¡Claro! ¡Con esta tácita protección de las ideas libertarias y sanguinarias!...

—¿Y vos dónde los adquiristeis?

—¿El qué? ¿Los bustos? No veo la relación que pueda tener con...

—No obstante...

—Bien, bien; todas las opiniones son respetables... Precisamente hoy le decía yo a mi mujer que... Pero, en fin, esto no es del caso actual. Los compré en la casa Gelder y Compañía, en Church Street Slepeny, una casa acreditadísima, y fundada hace veinte años. Por cierto que...

—¿Y cuántos comprasteis?

—Tres. Dos le vendí al doctor Barnicot, y el tercero fue el que me destrozaron aquí, en el mostrador, casi ante mis propias narices.

—¿Conocéis a este individuo? —interrumpió Holmes, mostrándole la fotografía encontrada en el bolsillo del cadáver.

—A ver. No... Creo que... ¡calla! me parece que sí que le conozco. Justo: es Beppo, un italiano que estuvo algún tiempo empleado en esta casa. Se fue la semana pasada, y no he vuelto a saber de él. Ni sé de dónde venía ni adónde ha ido. ¡Sabe Dios! Sin embargo, en honor de la verdad, debo deciros que durante el tiempo que estuvo en casa, no tuve motivo alguno de queja contra él. Precisamente dos días después, fue cuando me rompieron el busto. ¡Cuidado que fue extraño! Figuraos que estaba yo...

—Vaya, señor Hudson —dijo Holmes, tendiéndole la mano e interrumpiéndole bruscamente en su locuacidad—, he tenido muchísimo gusto en conoceros, y os estoy muy agradecido por vuestras noticias.

Salimos como alma que lleva el diablo.

—¿Qué os ha parecido? —me preguntó Holmes, ya en la calle.

—Que no he visto en mi vida un individuo más parlanchín.

—Demasiado. Pero el caso es que nos ha servido de algo. Por lo pronto, sabemos que el hombre que la fotografía representa, se llama Beppo, y que estuvo empleado en esa casa. Ahora continuaremos la pista de las figuras, y para ello vamos a ir a Church Street Slepeny.

Atravesamos con rapidez el Londres aristocrático, después el Londres de los hoteles, de los teatros, de los comerciantes, y, por último, llegamos a los barrios industriales que forman en torno del río como una ciudad cosmopolita, donde habitan centenares de miles de almas.

En una calle ancha, compuesta por los mejores almacenes y talleres de la capital, vimos el letrero *Gelder y Compañía* encima de un amplio portalón. Entramos, y después de un patio lleno de bloques de mármol y de piedra, llegamos al taller, donde unos cincuenta obreros esculpían y modelaban, dirigidos por un alemán alto y rubio.

A las preguntas de Holmes, este individuo respondió muy cortésmente, y nos invitó a entrar en su despacho.

Después de consultar sus libros, nos dijo que, en efecto, allí se habían reproducido seis bustos de Napoleón, con arreglo al modelo del escultor Devine. Tres de ellos vendiéronse a Moisés Hudson, y los otros tres a Harding Hermanos, de Kensington. Después se obtuvieron algunos centenares más, que se habían ido vendiendo poco a poco. El precio de fábrica era seis chelines, pero los comerciantes solían venderlos a diez y hasta a doce. Luego, al preguntarle Holmes cómo se obtenían dichas reproducciones, nos explicó el procedimiento. El busto estaba compuesto de dos partes enteramente iguales, que luego se unían y se ponían a secar en unas tablas grandes y

largas que había en un pasillo. Por regla general, estas operaciones eran hechas por italianos.

Después de decir esto último se iba a levantar como dando por terminada la entrevista, cuando Holmes le mostró el retrato de Beppo. Al verlo, se contrajeron sus cejas, le brillaron las pupilas, y todo su semblante de teutón se enrojeció de cólera.

—¡Ah, granuja! —exclamó—. La única vez que entró la policía en esta casa tan honrada, fue por su culpa. Hará cosa de un año. Este bribón, luchando con un compatriota suyo, le dio una puñalada, y aquí mismo fue detenido por la policía. Llamábase Beppo, y nunca supe quién era su familia ni de dónde procedía. Os juro que desde entonces no he vuelto a tomar a ninguno que se le asemejara, ni que estuviera tan desnudo de antecedentes como él. Sin embargo, debo reconocer que era un buen obrero.

—¿Y fue condenado?

—Creo que a un año de cárcel, porque la víctima curó pronto. Ya debe estar en la calle; pero se conoce que no ha tenido valor para presentarse aquí otra vez. Si deseáis conocer más detalles, llamaremos a un primo suyo que está ahí en el taller.

—¡No! ¡No! —interrumpió Holmes—. De ningún modo. Es más: os agradecería que no dijerais una palabra de esto a ese individuo. Se trata de un asunto demasiado importante y grave para que se entere cierta clase de gente. Si no recuerdo mal, antes, cuando mirasteis el libro de ventas, me pareció ver que la fecha de venta de esos bustos era el 13 de junio del año pasado. ¿Podríais decirme qué día fue detenido Beppo?

—Ahora mismo os lo voy a decir.

Y después de hojear un libro, en cuyo lomo se leía *Registro de Contabilidad*, dijo:

—La última paga la recibió el 20 de mayo.

Holmes se levantó.

—Muchas gracias, señor director. Os suplico me dispenséis por haberos robado tanto tiempo.

Y reiterándole de nuevo la mayor discreción, salimos del taller.

Muy avanzada la tarde, entramos a merendar en un restaurant. Un periódico sujeto con cuatro chinches, encima de nuestra mesa precisamente, relataba el crimen de Kensington, y presentaba al asesino como un enajenado. Holmes mandó a comprar un ejemplar, y mientras comíamos, leyó con evidente satisfacción las dos columnas que dedicaba al asunto, en las cuales se veía que Hasker había conseguido, por fin, escribir su deseado artículo. La lectura de algunos pasajes hizo sonreír a mi amigo.

—Esto tiene mucha gracia, Watson. Oíd, oíd: «Podemos asegurar a nuestros lectores que la opinión que más arriba aventuramos, es también la de personas muy competentes en materia de crímenes y autos judiciales. El señor Lestrade, uno de los *detectives* más hábiles de Scotland Yard, de igual modo que el señor Sherlock Holmes, célebre por sus descubrimientos famosos, creen que estos hechos, epilogados de tan trágica manera, son obra de un monomaníaco y no de un criminal. Verdaderamente no cabe otra explicación.» Ya veis, amigo Watson, qué factor tan importante es la prensa, cuando se sabe hacer uso de ella. Ahora, si os parece bien, iremos a Kensington, y procuraremos ver por segunda vez al señor Harding.

—-

Llegamos a la tienda, y esta vez tuvimos más suerte que la anterior. El director del almacén era un hombrecillo de aspecto inteligente y vestido correctamente. A las preguntas de Holmes, respondió con breves y sencillas palabras lo siguiente:

—Efectivamente; en los periódicos de hoy hemos leído el suceso, y nos hemos emocionado. El señor Hasker es uno de

nuestros clientes más antiguos, y nosotros fuimos quienes le proporcionamos, hace algunos meses, el busto de Napoleón. Encargamos tres iguales a la casa Gelder y Compañía, y los tres se vendieron al poco tiempo: uno, como os he dicho, al señor Hasker, y los otros dos… los otros dos… Examinemos los libros. Sí, aquí están. Uno al señor Josiah Brown, villa de las Acacias, en Labernum Vale, Chiswick; y el otro al señor Sandeford, de Lowe Grove Road, Reading… ¿Cómo? ¡Ah! No. Es la primera vez que veo al hombre aquí retratado. Si le hubiese visto en alguna otra ocasión, lo tendría presente, porque es de una fealdad extraordinaria. Sí; es cierto que tenemos algunos italianos empleados en la casa, y si alguno hubiese pretendido mirar los libros de venta, le hubiera sido fácil, porque no los ocultamos. Esto es todo cuanto puedo deciros respecto de este lamentable asunto, y si en algo más puedo seros útil, tendré mucho gusto en hacerlo.

Y haciendo una reverencia, nos indicó que daba por concluida la entrevista. Holmes le estrechó la mano, y salimos del almacén.

Mientras hablaba el señor Harding, mi amigo no cesó de tomar notas, y ya en la calle, advertí que la marcha del asunto le agradaba bastante. Sin embargo, no me dijo lo más mínimo, limitándose a hacerme observar que si no aligerábamos el paso, llegaríamos tarde a la cita de Lestrade.

Efectivamente, cuando llegamos a Baker Street, ya nos estaba esperando el policía, y en la agitación con que paseaba el cuarto y en la innegable alegría del rostro, se comprendía que estaba satisfecho de sí mismo.

—¡Hola! ¿Qué hay de nuevo? —exclamó al vernos entrar.

—Hemos trabajado mucho —respondió Holmes— y creo que no del todo inútilmente. Hemos hablado con el fabricante y con los vendedores de los bustos. Ahora ya podemos seguir la pista con más facilidad.

—¡Siempre los bustos! —exclamó Lestrade—. Ya sé que cada uno tiene su modo de matar moscas, amigo Holmes; pero me parece que en esta ocasión he empleado el tiempo mejor que vos. Ya sé quién era el cadáver.

—¿De veras?

—Y también sé el móvil del crimen —continuó el inspector con el mismo tono triunfal.

—¡Caramba!

—La medalla que tenía en el cuello el cadáver, unida al color de su tez, me hizo pensar que se trataba de un meridional, y entonces acudí a Saffron Hill, que está encargado exclusivamente del barrio italiano. Hill lo reconoció inmediatamente. Era un tal Pietro Venucci, natural de Nápoles, y uno de los asesinos más peligrosos de Londres. Formaba parte de la Maffia, esa terrible asociación secreta. Como veis, el enigma se va aclarando poco a poco. Su asesino ha debido ser otro italiano como él, y como él afiliado también a la Maffia. Sin duda alguna este último debió cometer alguna cosa, traicionando a la asociación, y entonces Pietro fue el encargado de la venganza, para lo cual le dieron un retrato del traidor, con objeto de que no se equivocara. Debió seguirle, pues, le vería entrar en la casa del periodista, aguardó que saliera, y entonces empezaron a discutir, después a luchar, y, por último, fue muerto. ¿No sois vos de la misma opinión, señor Holmes?

Sherlock Holmes se levantó, y dando calurosas palmadas en el hombro de Lestrade, exclamó:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Perfectamente! Todo eso resulta muy lógico. ¿Y los bustos?

—¡Los bustos! ¡Ya pareció aquello! Yo creo que esos robos no tienen la menor importancia. Son… tonterías, bromas, ¡qué sé yo! Lo importante era descubrir al asesino, y eso me parece que lo conseguiré muy pronto.

—¿Sí? ¿Y qué pensáis hacer?

—Pues simplemente ir con Hill al barrio de los italianos, y ver si hay algún individuo que se asemeje al retratado en esa fotografía, y detenerle.

—¡Magnífico! Sois un hombre admirable.

El policía se pavoneó de satisfacción.

—No tanto, no tanto… ¿Qué, vendréis conmigo?

—No. Al contrario. Precisamente pensaba suplicaros que me acompañaseis a mí.

—¿Adónde?

—Ya lo veréis. Aunque mi procedimiento sea enteramente distinto del vuestro, espero también detener al asesino.

—¿En el barrio de los italianos?

—Tal vez. Por lo pronto, pienso ir a Chiswick, en la seguridad de que esta excursión no perjudicará lo más mínimo el éxito. Ahora, con vuestro permiso, creo que debíamos dormir un poco. Saldremos a eso de las once, para regresar antes de que amanezca.

El inspector se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Aceptáis? —interrogó Holmes.

—Sí.

—Muy bien. Entonces comeréis con nosotros, y podréis descansar un poco en ese sofá, hasta la hora de partir. Watson, ¿queréis tener la amabilidad de llamar a mistress Hudson, y decirle que traiga la comida? ¡Ah! Y que tiene que llevar una carta al correo. Con vuestro permiso, amigo Lestrade, voy a escribirla.

IV

Después de cenar, Lestrade se recostó en el sofá, yo me eché en la cama, y Holmes subió a la buhardilla para hojear periódicos viejos, según nos dijo.

Yo no sé si Lestrade dormiría, pero yo no pude conciliar el sueño. Aquellas horas consagradas al descanso, las pasé dando vueltas al asunto, buscándole una solución, o por lo menos, intentando sorprender los proyectos e ideas de Holmes. Habiendo seguido paso a paso con él las pesquisas y a pesar de su silencio, pude adivinar algo de lo que se proponía. Quedando como quedaban aún dos bustos intactos, era probable que el asesino intentara destruirlos también.

Después, recordando que uno de estos bustos lo poseía un señor de Chiswick, y que Holmes había dicho que pensaba ir a este sitio, comprendí que la idea de mi amigo era sorprender al *enemigo* de Napoleón en flagrante delito. Una vez adquirida esta convicción, no pude menos de admirar profundamente el talento de Holmes, al hacer describir en los periódicos una pista falsa con objeto de tranquilizar al asesino, y hacerle caer en el lazo más fácilmente.

—-

Cerca de las once bajó Holmes, y nos suplicó que nos preparásemos a marchar. Nos preguntó si llevábamos revólver, y a nuestra respuesta afirmativa sonrió, enseñándonos el rompecabezas su arma favorita para excursiones del género de la que íbamos a emprender.

En la puerta nos esperaba un coche cerrado, y en él fuimos hasta el otro lado del puente de Hammer Smith. Allí descendimos, y dándole orden al cochero de que nos esperara, fuimos a pie hasta una calle muy solitaria, compuesta de aristocráticos y elegantes hoteles, con hermosos jardines en la parte delantera. Al leer, gracias a la luz de un farol, *Villa Acacias*, en

una de las verjas, nos detuvimos. Los habitantes del hotel debían estar acostados, pues no se veía ninguna luz en parte alguna, y un silencio de muerte envolvía la obscura mole. La luz del farol blanqueaba parte de una de las avenidas del jardín.

—Venid. Vamos a la acera de enfrente, para ocultarnos en la obscuridad —susurró Holmes.

Así lo hicimos, y entonces mi amigo continuó:

—Debéis procurar hacer el menor ruido posible, y aunque sea larga la espera, no impacientaros. Afortunadamente hace una noche muy agradable.

Sin embargo, no tuvimos que aguardar mucho. De pronto sentimos pasos. Un individuo dio la vuelta a la esquina, y avanzó hasta llegar a la verja del hotel. Allí se detuvo un instante. Chirrió la verja, y en la parte iluminada del jardín pasó una sombra. Después hubo un largo silencio. Nosotros conteníamos la respiración, y yo acariciaba la culata del revólver.

Sonó ruido de goznes; abriose una ventana, y vimos saltar por ella dentro de la casa a un hombre. Debió encender una linterna sorda, porque en el boquete negro brilló un débil rayo de luz. No hallaría lo que buscaba, porque de aquella habitación pasó a otras dos más.

—¡Vamos! —exclamó Lestrade.

—Sí —repuso Holmes—; entraremos por la ventana, y lo detendremos cuando vaya a salir.

Atravesamos la verja, y nos hallamos en el jardín. Ya nos disponíamos a saltar por la ventana, cuando sentimos ruido de pasos. Holmes nos arrastró hasta lo obscuro. Salió el hombre con un bulto bajo el brazo, y se detuvo un instante como escuchando. El silencio de la desierta calle le tranquilizó, y llegando hasta la parte iluminada, se detuvo poniendo una rodilla en tierra, quedando de espaldas a nosotros. Sonó un ruido seco, y el hombre se inclinó más hacia tierra. Entonces Holmes dio un salto de tigre, y se arrojó sobre él. Lestrade le puso las esposas, y yo apoyé en sus sienes el cañón del revólver. Todo

esto fue hecho tan rápidamente, que el individuo no tuvo tiempo de hacer la menor resistencia.

Entonces lo examiné detenidamente, y en aquellos rasgos odiosos y repulsivos, contorsionados por el espanto, reconocí al individuo de la fotografía. Sin embargo, Holmes no parecía preocuparse del descubrimiento, sino que se arrodilló en el suelo, y comenzó a examinar los pedazos del objeto que acababa de romper el detenido. Era un busto de Napoleón, enteramente igual al que habíamos visto por la mañana, y roto del mismo modo.

De improviso sonaron unos cerrojos; se abrió la puerta principal, y en el marco, iluminado, apareció un hombre obeso, de aspecto jovial y en mangas de camisa.

—¿El señor Josiah Brown? —interrogó Holmes.

—Yo soy; y vos, sin duda, el señor Holmes, ¿verdad? Como veis, he recibido vuestra carta, y he seguido al pie de la letra vuestras instrucciones. Os aseguro que tengo un verdadero placer en haber ayudado a la captura de ese granuja. Ahora espero que tengáis la bondad de pasar y tomar algo.

Pero Lestrade se opuso a ello. Quería encerrar cuanto antes al detenido en sitio seguro, y en vista de ello, mandamos por un coche. Nos despedimos del señor Brown, y emprendimos la vuelta.

Durante el trayecto, el detenido no dijo una sola palabra, limitándose a dirigirnos miradas furiosas, y un momento que me descuidé y puse mi mano cerca de él, la cogió e intentó llevársela a la boca para morderla como un lobo rabioso.

En cuanto llegamos a la oficina de policía, le registraron minuciosamente, no encontrándole más que algunos chelines y un cuchillo de hoja ancha y larga, en cuyo mango había manchas de sangre. A la pregunta se obstinó en no responder más que con los relámpagos de sus coléricas pupilas. Entonces Lestrade ordenó que le condujeran a un calabozo, y mientras nos acompañaba a Holmes y a mí hasta la puerta, nos dijo:

—La cosa marcha. Mañana vendrá Hill y sabremos quién es este pícaro. Como veis, mi hipótesis era cierta; pero no por eso dejo de agradeceros que me hayáis auxiliado tan eficazmente, señor Holmes.

Holmes se encogió de hombros.

—Lo que no comprendo —continuó el policía— es cómo habéis conseguido preparar la cosa tan bien.

Holmes, tendiéndole la mano, contestó:

—Ahora no es ocasión de entrar en explicaciones, además de que aún me faltan por atar dos o tres cabos. Si no tenéis inconveniente, mañana a las tres de la tarde os aguardaré en mi casa, y procuraré demostraros cómo os habéis equivocado bastante en este asunto, único por su importancia en los anales del crimen.

—Está bien; no faltaré —respondió algo mohíno el policía.

Echamos a andar, y al cabo de un rato, Holmes rompió el silencio para decirme:

—Os confieso, amigo Watson, que si os olvidarais de poner esta aventura en vuestras memorias, tendría uno de los mayores disgustos de mi vida.

V

Cuando nos reunimos a las seis de la tarde, el *detective* parecía muy contento, y apenas entró, sin quitarse siquiera el sombrero, empezó a hablar:

—El asesino se llama Beppo, y es muy conocido en la colonia italiana, donde es justamente temido y aborrecido. Al principio se ganó la vida honradamente en el taller de un escultor, y era estimado por sus excelentes condiciones de inte-

ligencia y de amor al trabajo; pero poco a poco fue resbalando por el abismo del crimen, y sufrió dos condenas: una por robo, y la otra por homicidio frustrado en la persona de un compatriota. Desde el primer instante se adaptó al ambiente, y a no ser por su aspecto físico, podía pasar perfectamente por un inglés. Hasta ahora no conocemos las razones que haya podido tener para destruir los bustos de Napoleón; pero por lo pronto, sabemos que probablemente fueron moldeados por él, puesto que estuvo empleado en la casa Gelder y Compañía.

Holmes escuchó todas estas noticias como si le fueran enteramente desconocidas; pero yo que le conocía tan bien, leí en sus ojos la impaciencia y la inquietud.

De súbito sonó el timbre. Holmes saltó de la silla; sus ojos centellearon. Al poco rato oímos pasos en la escalera, después en el pasillo, y finalmente el criado abrió la puerta y entró un hombre de edad madura, de semblante rubicundo y grandes patillas grises. En la mano derecha llevaba un saco de noche, de esos sacos de noche arcaicos que únicamente se ven en las aldeas y en las pequeñas provincias.

—¿El señor Holmes? —interrogó.

Mi amigo se inclinó sonriendo.

—Yo soy. ¿Y vos? ¿Tengo el honor de hablar con el señor Sandeford, de Reading?

—El mismo. Quizá me haya retardado algo; pero no es culpa mía. ¡Esos trenes van tan despacio!… He recibido una carta vuestra hablándome de cierto busto de Napoleón que poseo desde hace algún tiempo.

Holmes asintió con la cabeza.

—Aquí traigo dicha carta, en la cual me decís que, deseando tener el Napoleón de Devine, y sabiendo que yo poseía una reproducción en yeso, estabais dispuesto a darme por ella hasta diez libras.

Holmes volvió a asentir con la cabeza.

—Os confieso, señor Holmes, que estoy muy sorprendido. ¿Cómo demonios habéis sabido que yo tenía tal busto?

—Pues simplemente porque el señor Harding, de la casa Harding Hermanos, me dijo que os lo había vendido.

—¡Ah! ¿Y también os dijo lo que me llevó por él?

—No.

—No importa. Aunque pobre soy un hombre honrado, y creo que es deber de conciencia deciros que ese busto solo me costó quince chelines.

—Esa confesión os honra, señor Sandeford; pero no por ello me vuelvo atrás. Os he prometido diez libras, y estoy dispuesto a dároslas en seguida.

La cara del buen hombre resplandeció de alegría.

—Perfectamente. Sois un hombre admirable, señor Holmes, y ya que estamos conformes en la venta, voy a entregaros el busto.

Y abriendo el saco de noche, puso el yeso sobre la mesa, y por primera vez pudimos contemplar entero aquel busto que hasta entonces habíamos visto hecho pedazos.

Holmes extendió un cheque por valor de diez libras, y dándoselo a Sandeford, dijo:

—Vais a tener la amabilidad de extenderme un recibo. Aunque se trata de vos, que sois una persona honrada, yo soy un hombre meticuloso y amigo de cumplir todos los requisitos legales.

—Nada más justo —dijo el otro.

Y sentándose a la mesa, extendió el recibo.

—¡Ajajá! —exclamó Holmes guardando cuidadosamente el documento—. Muchas gracias, señor Sandeford; si para algo me necesitáis, tendré sumo gusto en serviros.

Tan pronto salió el extraño vendedor, Holmes empezó una serie de manipulaciones que excitaron poderosamente la atención de Lestrade y mía. Primero extendió con cuidado un mantel limpio sobre la mesa; colocó en el centro el busto que acababa de comprar, y, por último, cogiendo el rompecabezas le dio un golpe formidable. El busto se hizo mil pedazos, y Holmes se inclinó sobre ellos. De improviso lanzó un grito de triunfo, y enderezándose, nos mostró un trozo de yeso, en el que había incrustado, como una pasa en un *pudding*, una bolita obscura.

—¡Señores! —exclamó—. Tengo el gusto de presentaros la famosa perla negra de los Borgia.

Lestrade y yo permanecimos un instante estupefactos, y luego empezamos a aplaudir llenos de entusiasmo, como en el final de un drama emocionante. Las mejillas de Holmes coloreáronse, y mi amigo se inclinó saludando como un actor ante el homenaje de los espectadores.

Ya no era el ser frío e insensible como un matemático. El orgullo del triunfo le embriagó como licor exquisito, y durante unos minutos no pudo hablar, limitándose a estrecharnos febrilmente las manos y a sonreír con una sonrisa que pocas veces había visto yo en sus labios.

—Sí, señores —dijo por fin—. Esta es la célebre perla negra de los Borgia, y yo la he seguido paso a paso desde el cuarto del hotel Dacre, donde el Príncipe Colonna la perdió, hasta el interior de este busto, el último de los seis que fueron modelados en Slepeny, por Gelder y Compañía. Ya recordaréis, amigo Lestrade, el ruido que hizo la desaparición de esta alhaja, y los esfuerzos que hizo inútilmente la policía metropolitana por hallarla. También en aquella ocasión se me llamó para descifrar el enigma, y con gran vergüenza mía no pude lograrlo. Todas las sospechas recayeron sobre una doncella de la Princesa, una italiana que tenía un hermano en Londres; pero no se le pudo probar nada absolutamente. La doncella llamábase Lucrecia Venucci, y ese Pietro Venucci que apareció

asesinado la otra noche en casa de Mr. Hasker, era el hermano. Hojeando los periódicos de aquel tiempo he descubierto que la perla desapareció justamente dos días antes de la detención de Beppo, por una riña que tuvo con un compañero en casa de Gelder y Compañía, mientras se moldeaban los bustos de Napoleón. Como veis, el velo se va rasgando poco a poco. Beppo, sin duda, tenía la perla negra. Tal vez se la hubiera robado a Pietro; quizás este se la había confiado; acaso no fuera más que intermediario entre Pietro y su hermana. Lo mismo da.

El caso es que tenía la perla en las manos cuando sintió llegar a la policía. Viéndose perdido, comprendió que debía ocultar en el acto la inestimable joya. Corrió, pues, al taller, donde se secaban los seis bustos. Tocó uno de ellos, y siendo como era un hábil escultor, hizo un agujero en el yeso húmedo, escondió la piedra, y con unos cuantos toques, volvió a recobrar la figura su aspecto anterior. Como veis, halló un escondite admirable, y a cubierto de todas las sospechas; ya podían detenerle.

Fue condenado a un año de cárcel, y mientras cumplía la condena, vendiéronse los seis bustos. En cuanto salió, su primer pensamiento fue para la piedra preciosa. Como la ocultó estando fresco el barro, al secarse este se había adherido, y como, además, no sabía en cuál de los bustos se hallaba, no tenía más remedio que irlos rompiendo uno a uno hasta encontrarla. Por medio de un primo suyo que trabaja en la casa de Gelder, se enteró del nombre de los comerciantes que habían comprado los bustos.

Una vez sabido esto, logró una plaza en casa de Mr. Hudson, y pudo seguir las huellas y destruir tres de los yesos. Pero en ninguno de los tres estaba la perla. Entonces, y valido de algunos empleados compatriotas suyos, consiguió descubrir quiénes eran los otros tres compradores. El primero era el señor Hasker, y hacia casa de este se dirigió una noche; pero Pietro, que le venía espiando hacía algún tiempo, le siguió, tu-

vieron una disputa, lucharon luego, y finalmente Venucci cayó muerto de una puñalada.

—¿Y cómo os explicáis que Pietro llevara el retrato de Beppo en el bolsillo?

—Seguramente porque lo había ido enseñando a todo el mundo para encontrar la pista de su antiguo cómplice. Después de ejecutado el crimen y quedando aún dos bustos de los seis, era natural que Beppo no perdiera el tiempo en vacilaciones peligrosas. Aunque yo no estaba todavía muy seguro del verdadero motivo que pudiera tener Beppo para romper los bustos, comprendí que debía existir una razón muy poderosa para hacerle obrar así, y que sin duda alguna buscaba algo. Entonces, y para animarle a continuar en la empresa, hice correr la voz de que indudablemente el autor del crimen y de los destrozos era un monomaníaco.

También pensé que no quedando más que dos bustos, y uno de ellos en Londres, este sería el primero que buscaría el criminal. Previne, pues, a los dueños de él para impedir un nuevo crimen, y ya visteis el resultado que obtuve.

La noche de la detención adquirí la seguridad de que Beppo buscaba la perla de los Borgia. El nombre del muerto era una prueba indiscutible. Ya solo quedaba un busto: el de Reading. En ese debía hallarse la perla. Le propuse la venta a su dueño y… ¡*Voilà*!

Hubo una pausa. Lestrade y yo estábamos mudos de asombro.

—Muchos y muy difíciles asuntos os he visto resolver, señor Holmes —dijo Lestrade después de un rato—; pero ninguno tan sorprendente ni tan admirable como este. En Scotland Yard todos estamos orgullosos de que nos ayudéis en nuestras empresas; y si os dignáis mañana ir allá, desde el primer inspector hasta el último agente se disputarán el honor de estrecharos la mano.

Holmes volvió la cabeza para ocultar su emoción.

—Gracias, gracias —balbuceó.

Un instante después había recobrado su sangre fría habitual, y tendiendo la mano a Lestrade, exclamó:

—¡Bah! Esto no tiene importancia. Si me necesitáis para algo más, tendré mucho gusto en serviros. ¿Queréis tener, amigo Watson, la amabilidad de guardar esa perla en lugar seguro? Todavía antes de cenar tendré tiempo de estudiar ese asunto de Cork-Singleton.

FIN

---

1. N. del E.: Al ejemplar escaneado le faltan las páginas 14 y 15. El pasaje que sigue, hasta «…no puedo hallar palabras», se ha traducido para esta edición del original inglés (*The Return of Sherlock Holmes*, Proyecto Gutenberg n.º 108).

2. Algunos médicos de Londres ponen un farol rojo en la puerta, para que sus casas sean reconocidas fácilmente durante la noche.

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web